



Hay un refrán muy español que dice: "Quien tuvo, retuvo". Es verdad. El visitante de Santorcaz lo puede comprobar. Si ayer fué fortaleza templaria, residencia prelatia y prisión de clérigos y nobles, hoy es simplemente un pueblo más de la vida rural española; pero un pueblo que despierta entre las ruinas del castillo las más variadas evocaciones históricas.

grave, pero elegante y distinguido; fiel trasunto del genio noble, digno y audaz del alma castellana. Nada había en él de influencia extraña ni intromisiones exóticas, y no era posible simbolizar de manera plástica mejor el carácter del gran Cisneros que como en este templo se representa. Entre las obras de arte desaparecidas para siempre figura el sepulcro gótico del Cardenal Carrillo. La competencia artística y el amor de cuantas personas que intervinieron en la reconstrucción de este templo ha hecho posible el milagro de que el mausoleo de Cisneros, gala del Renacimiento, concebido por el escultor italiano Domingo Alejandro Florentín y esculpido por el escultor burgalés Bartolomé de Ordóñez no se haya perdido para la posteridad y puedan contemplarlo, por tanto, las generaciones venideras, si bien por el momento en lugar distinto: en la iglesia de San Ildefonso. Otro templo, noble ejecutoria de Alcalá, es la iglesia llamada de los Jesuítas; hermoso y artístico edificio del

principio del siglo XVII, la fachada se distingue por su majestad y severa sencillez. Su traza interior responde las características propias de los templos de San Ignacio de Loyola. En otros tiempos atesoró riquezas que diferentes saqueos sufridos a lo largo de su historia fueron destruyendo o dispersando. Sin embargo, aún quedan joyas de arte dignas de admiración.

Casi enfrente de este templo se alza el edificio de la Universidad. Dos años antes del final del siglo XV el Cardenal Fray Francisco Ximénez de Cisneros puso la primera piedra de la Universidad Complutense, que inauguraría diez años después. Su fachada, que con tanta deleitación artística contemplan propios y extraños la reedificó en piedra el Rector Doctor Turbalán a mediados del siglo XVI, confirmando así la profecía de Cisneros de que acabaría en piedra lo que empezaba siendo arena. El cordón franciscano, símbolo de humildad y de la vida austera del funda-



Este edificio, que en épocas pasadas fué Palacio Arzobispal, representa, nada menos, el Señorío prelaticio y nos habla también de cortes y concilios medievales.

dor, que circundan la fachada. El centro lo ocupa la portada, que es sumamente rica en labores y se eleva hasta la mayor altura del edificio, teniendo a derecha e izquierda caprichosas columnas platerescas y de corintia traza. En el cuerpo tercero figura un soberbio escudo imperial, flaqueado por las típicas columnas de Hércules, y dos reyes de armas en los intercolumnios de los costados.

El primer patio de la Universidad fué construído en 1662. Es bello, severo y elegante, todo él de piedra de granito, cercado de claustros y lleno de aulas en las que, estudiantes conocidos de aquella época, venían a recoger las sabias enseñanzas de ilustres ca-

tadráticos que con sus ciencias contribuyeron a elevar el prestigio glorioso de la Universidad.

Pasando por el patio de los filósofos se entra en el denominado trilingüe, obra de Pedro de la Cotera, y que así se llamaba por enseñarse en el colegio de San Jerónimo, al que estaba adscrito, el latín, el griego y el hebreo. En este patio, de obra plateresca, se halla el celeberrimo paraninfo, donde se concedían los grados de doctor. Desde su tribuna hablaron hombres eminentes, como el propio Cardenal Cisneros, el Doctor Francisco Bayés de Covarrubia, llamado «el Divino»; Antonio Nebrija, Fray Luis de León, el Tostado, San Ignacio de Loyola, San José de Calasanz,



Todavía se conserva arrogante esta torre de las murallas alcaínas. Símbolo de fortaleza, rompe el aire que envuelve a la ciudad con pujanza de poderío.

el Padre Mariana, don Francisco de Quevedo, el Cardenal Spínola, Jovellanos y tantos sabios eminentes que engrandecieron con su presencia las aulas de la Universidad de Alcalá.

Al Estado español se debe el que hoy esta gloria del saber hispano haya recuperado después de un largo período de decadencia y abandono, no sólo su bella traza, libre de las heridas que el tiempo y el abandono le causaron, sino también su prestigiosa misión de enseñar, al instalar en este edificio el «Centro de Formación y Perfeccionamiento de Funcionarios», que en pocos años de existencia ha conseguido

verdadero prestigio por la altura de sus enseñanzas y por la categoría del profesorado. Hoy, que ya está reconstruido este edificio, con el fin de señalar la diferencia que existía entre una y otra época, hay que subrayar que, años atrás, este augusto recinto del saber, tan notable por su mérito artístico, fué convertido, en tiempos ignominiosos para España, en depósito de paja.

Fundada también por Cisneros y unida al Colegio Mayor de su nombre, se encuentra la iglesia de San Ildefonso. Presenta un bello frente, con linda espadaña de estilo herreriano. El interior del templo lo



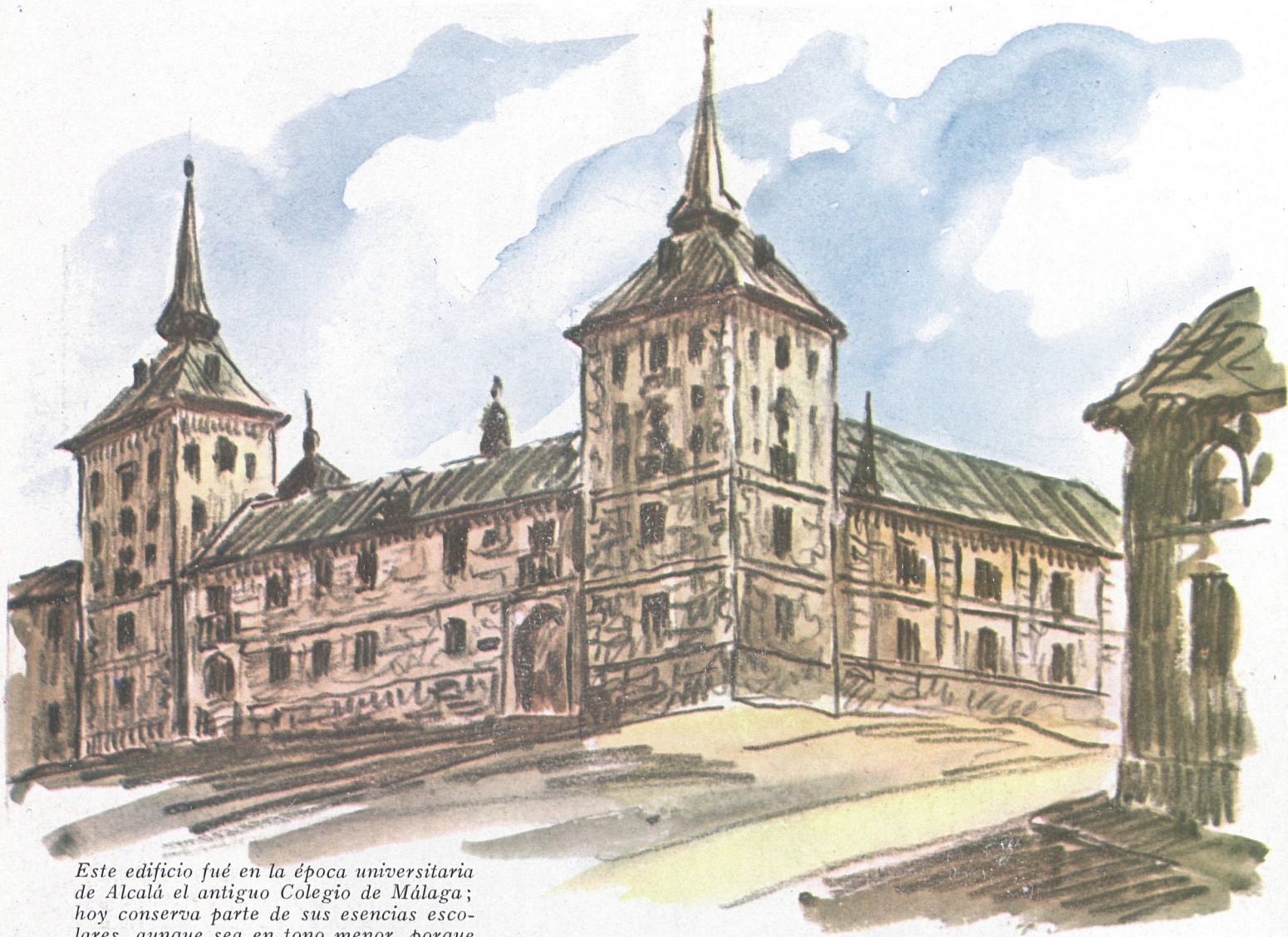
La Iglesia Magistral, declarada Monumento Nacional, está siendo objeto de obras de restauración. Destruída o quemada en época roja, hoy, después de ingentes esfuerzos, está volviendo a recuperar su bella y elegante traza arquitectónica. Lo que jamás recuperará es parte del gran tesoro artístico que ella había custodiado durante siglos.

forma una bella y espaciosa nave y su alzado está adornado en todos los paramentos por prolija yesería de estilo gótico florido o fremigero con reminiscencias platerescas. Cubre la iglesia un hermoso artesonado de concienzuda lacería morisca. Empotrado en el muro del lado de la Epístola el sepulcro de don Francisco Bayés y Covarrubia, llamado «el Divino», Catedrático de la Universidad por protomérito de Felipe II.

Entre sus muros estuvo enterrado Cisneros hasta su traslado a la Magistral en la primera mitad del siglo XVI. En la actualidad, como ya queda dicho,

gracias a los desvelos del Estado Español, se puede contemplar totalmente reconstruido el Sepulcro que dió cobijo a los restos mortales del fraile Cardenal.

Otra joya arquitectónica digna de visitarse es el Palacio Arzobispal, antes Archivo y hoy Seminario. Su patio fué construido por el Arzobispo Fonseca, el médis de los Prelados españoles. En este palacio reinaron como verdaderos soberanos los príncipes de la Iglesia que regentaban la Diócesis. Entre ellos, el Cardenal Alonso Carrillo y Acuña, Arzobispo de Toledo, que refugiado en su palacio de Alcalá y no conforme con la marcha de los asuntos de la nación,



Este edificio fué en la época universitaria de Alcalá el antiguo Colegio de Málaga; hoy conserva parte de sus esencias escolares, aunque sea en tono menor, porque en él está instalado el Colegio de Nuestra Señora de la Paloma, sostenido por el Ayuntamiento de la ciudad. La edificación, como puede verse, responde al clásico estilo alcalaíno del período de los Austrias.

o tal vez por no haber conseguido las prebendas prometidas, amenazó a la Reina Isabel de Castilla con hacerla volver a la rueca. Y cuando la Reina quiso aplacarle visitándole en su palacio, el despótico Cardenal le previno que si ella entraba por la puerta, él saldría por la opuesta. Desde el torreón de su palacio el Cardenal Alonso Carrillo contempló cómo la prudente Reina se retiraba a su villa de Colmenar Viejo.

Después de este recorrido por Alcalá, bien se merece un buen descanso, y para ello nada más propio que dirigir nuestros pasos a la Hostería del Estudiante, lugar de reposo y del buen yantar. Y ya en el interior, al sentarnos junto a la chimenea, ¡qué fácilmente se evoca las ventas antiguas que recorriera el caminante de buen andar que fué el alcalaíno Miguel de Cervantes y Saavedra! La mesonera le escanciaría, como ahora lo hace con nosotros una doncella bien portada, un vaso de buen vino que alabara el Arcipreste de Hita. Y con el ánimo templado por el vino y el reposo en el mesón, se puede emprender el regreso a Madrid.

Las murallas de Alcalá de Henares, símbolo de fortaleza, nos despiden con el recuerdo del gran Cardenal que cruzó sus umbrales para ir a la conquista de Túnez y que, después, en su gran modestia, no quiso cruzarlas de nuevo cuando regresara victorioso, bajo el arco triunfal que el pueblo había abierto en su honor.

Las murallas de la ciudad y los grandes edificios de las fábricas alcalaínas nos despiden. Por el ayer y el presente que nos dicen adiós.

Alcalá se pierde en la perspectiva del paisaje, pero sus viejas piedras subsisten y entre ellas los ecos rotundos de luchas heroicas y de jornadas fecundas de estudios. Alcalá de Henares es un hito glorioso de meditación en la verdad de España, de esta España que ha recogido el espíritu de Cisneros, definitivamente plasmado en las piedras, también heroicas y gloriosas, de la Ciudad Universitaria de Madrid. Una España a cuyo engrandecimiento han contribuído esas nobles actividades que Cervantes enalteció en su discurso de las letras y de las armas.



M.^a Cristina de Borbón, Reina Gobernadora

LA capital de España no ha sido pródiga en estatuas, si se tiene en cuenta el número de personajes que, ya por su vinculación nativa, ya por su relieve nacional, merecen el público homenaje en su plástica representación. Si se repasa la Historia surgen figuras merecedoras de estatua y que no la tienen en nuestras plazas o lugares evocadores de su intervención o de su obra. La omisión se acentúa al considerar el elemento femenino representado públicamente.

Estatuas de Madrid, ante las que se cruza indiferente en mu-

ESTATUAS EN MADRID

chos casos, sin que el personaje representado suscite la apetencia de que sea conocida su vida, recordado su mérito, de los que no habla mucho la inscripción que en los respectivos pedestales se suele poner. Y es muy necesario ese conocimiento, que evitaría la indiferencia de ese gran sector a que nos referimos, porque la gloria que recae sobre los perso-

najes evocados en sus respectivas estatuas recae, también, sobre cuantos pertenecen al mismo país.

Varias mujeres se muestran en estatua sobre el plano de Madrid. Aparte de algún personaje femenino de la Edad Media, que aparece entre el grupo de estatuas en piedra destinadas al Palacio Real de Madrid, y que están diseminadas por parques y plazas, el pri-